

La muerte de la ciencia ficción

- ¡No! ¡No te permitiré que lo hagas! ¡Es una locura!

El joven científico se abalanzó sobre su colega para intentar detenerle antes de que alcanzara los controles energéticos del dispositivo. El laboratorio, así como la mayor parte del campus, estaba a oscuras, ya que toda la energía de la zona estaba siendo suministrada hacia su experimento puntero. Era tal la cantidad de potencia que manejaban, que debían llevar puestos unos trajes especiales antirradiación, sin los cuales no tardarían ni dos minutos en morir. Aún así, no parecía que fueran a tener éxito.

- ¡Si intentas aumentar el flujo de energía, nos matarás a todos!

Pero su compañero no le escuchó. Consiguió zafarse de él de un empujón, que hizo que cayera al suelo, y comenzó a teclear en el ordenador los comandos necesarios. El sonido de las turbinas y mecanismos del laboratorio se intensificó, en un crescendo ominoso.

- ¡Estás loco! ¡Lo que intentas es imposible! ¡Es una fantasía! ¡Es ciencia ficción! ¡Es...!

Un rugido crepitante ahogó sus palabras, y un rayo de luz cegador surgió de los paneles donde se encontraba la muestra del experimento. Un intenso olor a ozono inundó la habitación, mientras rayos de energía rebotaban por todas partes, haciendo trizas todo lo que tocaban. El joven intentó incorporarse, pero fue incapaz de hacerlo. Lágrimas de impotencia y terror surcaban su rostro. Comenzó a gritar de puro pánico, mas sus alaridos fueron ahogados por el estruendo que crecía y crecía y crecía...

Hasta que se detuvo. La intensa luz desapareció y el silencio se cernió sobre ellos. El científico se incorporó, y se lanzó contra su colega dispuesto a hacer una locura, pero se detuvo al observar lo que tenía delante.

El dispositivo estaba vacío. La manzana que durante meses habían intentado teletransportar descansaba ahora en la mano de su colega. Éste sonrió.

- Amigo mío, la ciencia ficción murió ayer. Esto es *ciencia*.